



PRECIOS DE SUSCRIPCION: MADRID, DE 1876, 24 RS.; PROVINCIAS, TRIMESTRE, 30 RS.; EXTRANJERO Y ULTRAMAR, 36 RS. INSTRUCCION.—MORALIDAD.—RECREO.— OFICINAS DEL PERIÓDICO: Calle de San Mateo, 12, Madrid. Se suscribe en todas las librerías y en la Administración. Se insertan anuncios y comunicados.

**NUESTROS GRABADOS.**

**PATIO DE LOS LEONES EN LA ALHAMBRA DE GRANADA.**

Hoy ofrecemos á nuestros lectores la vista del Patio de los Leones en la Alhambra de Granada: patio famoso, tanto por los recuerdos que encierra, como por la belleza de sus ricas detalles artísticos, obra de una época y una civilización que no pasaron sin dejar en nuestra patria rastros poderosos de su gèmo particular.

**BELLEZAS DE SUIZA.**

Contentan que Schiller escribió en *Guillermo Tell* sin haber estado jamás en Suiza. Difícil es de concebir, para quien no la haya visto, la triangular cabaña reflejándose en la superficie del sereno lago, entre las montañas terminadas por pirámides inaccesibles de eternas nieves y los sombríos verdinegros bosques; sobre el claro tapiz del fresco prado, donde se juntan el pastor que soaba de encerrar sus vacas, el batelero que acaba de amarzar su barca, el montañés que desciende de las alturas, el agricultor que cultiva los valles, á distraerse en juegos inocentes, deparar sobremanera públicos, y consagrar alguna ofrenda de obra ó de palabra á la religión de ese pueblo. Á esa religión cuya visible trinidad se compone de estas tres ideas, resumen de todo lo existente y todo lo posible, la naturaleza, la libertad y Dios.

Un poeta como Schiller, encerrado en sí mismo, y evocando por los conjuros de sus ideas la propia Suiza, puede pintarla felizmente si á sus propias inspiraciones, á la luz de su gèmo, al color de su pàlido, reúne los consejos de Goethe, que recorrió los Alpes por sus dos vertientes, y les consagró esos cánticos nacidos de su amor panista al universo. Pero nosotros, que no recibimos del Creador tantos dones, ¡ah! necesitamos ver esta Suiza, madre fecunda de la libertad, y virgen immaculada, como el tierno símbolo del amor cristiano, para sentirla en toda su hermosura real, y admirarla con todo nuestro religioso culto. Cuantas veces en la oscura noche, cuando ningún astro del nuevo día brilla por el horizonte, las sanas cimas empinadas de eternos cristales, ligeramente manizadas de rosa por los dedos de la aurora, apenas despiertas, esas cimas confundidas con los cielos, nos han dado en su indescriptible alborada una imagen divina de la consoladora esperanza!

Imposible describir la variedad de espectáculos que guardan las montañas. Recuerdo el anochecer de una de las primeras tardes del mes de Setiembre en el canton de los Grisones. El cielo tenía una serenidad y una transparencia parecidas á la serenidad y á la transparencia de las tardes hermosas en las regiones meridionales. Salíamos por un arco toscano, para ir á un feudo castillo alzado en pintoresca eminencia, y nos apoyamos sobre el muro á contemplar aquel cuadro, en cuyo primer término campeaban las torres señoriales, donde se recogían á la sazón en las góticas agujas las inquietas galonaduras, próximas á partirse, y salaban para anunciar la noche los siniestros murciélagos. A nuestros pies una aldea, varios aparcos, la torre de humilde iglesia, las paredes de sombrío claustro, en cuyo jardín cavaban los monjes, y el hermigero de los trabajadores que se recogían guiando sus carretas cargadas de oloroso heno, y conduciendo sus ganados al redil entre las cadencias de campesinos cánticos, y el sonido de alegrísimas esquilas. Sobre nuestras cabezas, á pesar de hallarnos muy elevados, se elevaban á grandes alturas los Alpes, iluminados por los últimos reflejos del día, rotondas gigantes de lápidas, aéreas, transparentes, como si oscurieran iluminadas interiormente por arte de incomparable magia. La arquitectura de las montañas es uniforme y varia. El cono truncado de las montañas es uniforme y varia. El cono truncado de las montañas es uniforme y varia. El cono truncado de las montañas es uniforme y varia.

Entre todos aquellos objetos tan hermosos habíamos que apenas advertíamos y que nos deslumbró con sus hechizos, un laguito, encerrado entre praderas esmaltadas de flores. ¡Cual repetía la luz de la tarde! ¡Como dibujaba en un cristal veneciano las montañas! ¡Qué sensibilidad al menor cambio de matiz en la atmósfera! ¡Qué transiciones de color á color tan variadas y tan bellas! Dormido, indiferente, sin que un soplo raras su clara superficie, sin que un pez ni un insectillo formara ni siquiera un círculo en sus aguas, como si hubiera recogido, cual solemos nosotros, el aliento para escuchar las armonías de la tarde, como si se hubiera quedado estático é inmóvil ante la belleza del anochecer, como si le poseyera un sueño mágico, pasaba del color verde al color rosa; del color rosa al color perla, del color perla al color celeste, del color celeste al ópalo, á manera de fantásticas paletas, en que estaban las hadas ensavando todos los matices de la eterna luz para esmaltar la corona ó de la poesía ó del amor. No

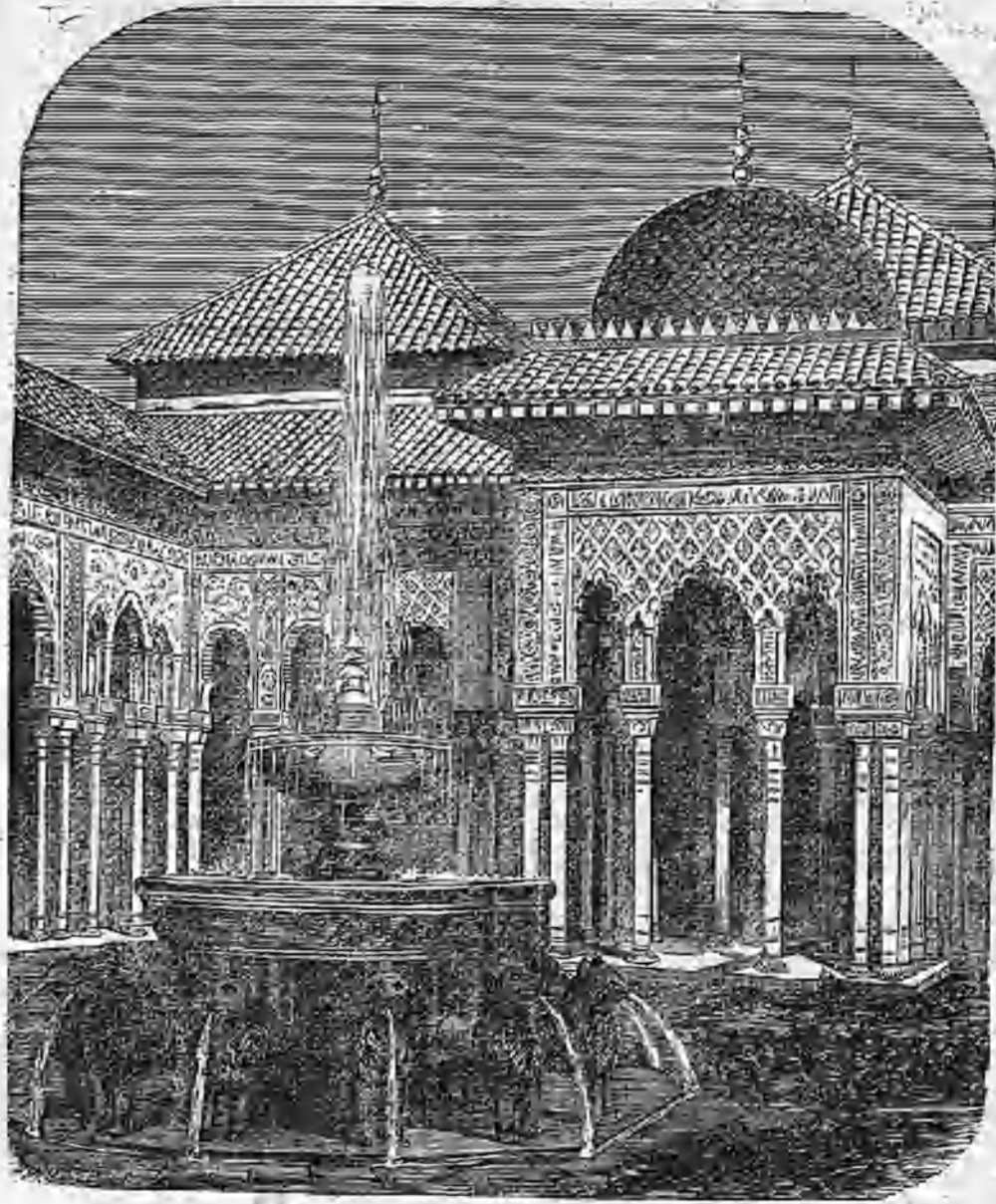
olvidaré nunca los juegos de luz en aquel mágico lago.

Pero yo, en verdad, no admiro las praderas cubiertas de flores y de mariposas como si los meses del calendario estuvieran todos ellos un Abril perpetuo; no admiro las triangulares casitas habitadas por pastores que erian en la tranquilidad más completa sus gordas y pacíficas vacas, cuyas esquilas llenan los aires de melodías; no admiro los vergeles dignos de ser cantados por Garcilaso, abundantes en árboles, que se atraen cargados de frutos sobre el suelo cubierto de hortalizas y de legumbres; no admiro los graciosos bosques donde la oscura encina se entrelaza al claro roble, y no he las anchas-hojas y el pintoresco grizo de las castañas se mece al viento el olmo de Lombardia; no admiro las selvas con sus pinos que resisten los nevados, ni los ríos de agua virgen que acaba casi de detenerse, ni los lagos celestes, ni las mansas cascadas que cantan, ni las bravas cataratas que brotan, ni los abismos del alud, ni la

tavia, en lecho fragoso, compuesto de pedriscos; de penascos, de rocas enteras arrojadas allí por la fuerza misma de las aguas; desde la inmensa distancia que hay de la cima de perpendicular montañas á la orilla Sureste del lago, baja en remolinos, en trombas de líquidos cristales, rodando como tempestuosos tubos, ingiriéndose en fervidas olas como borbotos de océano, la impetuosa catarata del Gisbach compuesta de varias serpenteantes cascadas que todas levantan á los aires nubes de fresco vapor y llevan sobre sus espaldas el mágico arco-iris.

No acabaría nunca si hubiera de describirlos merendamente las maravillas que he visto en Suiza. Después de largos años de lucha con las pasiones humanas, no os cansais de contemplar los espectáculos de la naturaleza. En su seno os bañais y os volvais más fuertes. En sus libros inmensos, con hojas de cielo que son los horizontes, con letras de oro que son las estrellas, leéis y releéis los problemas de la vida mejor que en las artificiosas páginas de los filósofos. Ella, la madre naturaleza, no conoce los partidos, ni las guerras religiosas, ni la variedad de Estados, ni nuestros odios, ni ninguno de los males con que hemos pretendido mancharla. Hamándonos á boca llena sus reyes, cuando apenas si merecemos ser sus esclavos. La naturaleza no conoce la muerte. Lanzó dia por el capricho de un César que quiere arrojarse su dinastía y esmaltar su corona; lanzó dia un millón de cadáveres podridos, descompuestos, mal olientes; ella los recogió en sus amorosas entrañas y los transformó por su virtud creadora en la fibra del árbol, en la savia de la flor, en el átomo de fósforo que sube á calentar el cerebro, en el glóbulo de hierro que corre á fortalecer el corazón. La idea quema mucho, agobia mucho, consume mucho. El hombre más robusto lleva en su rostro los surcos que deja el pensar. Necesitamos empaparnos en la vida universal como la esponja en el mar. Necesitamos robustezarnos en el seno de la naturaleza.

¡Qué hermoso Interlaken! Estáis en el corazón de los Alpes. Las águilas gritan en vuestros oídos, y pasan rozados al hombro como si os reconvinieran por haber osado penetrar en sus altísimas regiones. Los lagos de Thun y de Brienz, que en tiempos remotos debieron formar un solo lago, limitan esta lengua de tierra al Oriente y al Occidente. A vuestras espaldas, al Norte, struppia Peña, casi inaccesible; la mitad sembrada de los tristes oscuros pinos piramidales, propios de estas regiones, pinos que parecen fatigados de soportar el peso de la nieve; la otra mitad sembrada de todos los árboles y de todos los arbustos que en los Alpes crecen, presta en la oposición de sus bosques, al paisajística variedad de tonos, con su fondo de azules, sus vetas azules y rojas, formadas por el curso de los torrentes hoy en seco, sus ramas ya de un verde oscuro que tira á negro, ya de un verde claro que tira á celeste, sus cimas ceñidas de plantas que han agotado el viento, los ventisqueros, la tempestad, y sus bases arrastradas de praderas que todo género de gayas flores bordean y esmaltan. En el fondo, trasparente río, de esas aguas alpestres, claras como vidrio, frías como nieve, del color de un cielo meridional, atravesado por fajas de verdemar, y orlas de diamantinas espumas, en las cuales juguetea hermóticamente la luz y se refresca el aire. Limitan el río, cuando sale del lago de Brienz, caprichosas colinas sembradas de vergeles, y cuando entra en el lago Thun, sombrías y uniformes praderas. Cortan todo el suelo multitud de huertos y jardines, fuentes y arroyos. Nogales seculares, álamos, de corpulentos troncos, de innumerales ramas, de pomposo follaje, cargados de frutos, contrastan con las humildes aldeas, y los soberbios hoteles, con los palacios que la aristocracia ha levantado allí para consagrarse sus ócios en la espléndida contemplación de la naturaleza, y las casitas suizas, templos de trabajo, triangulares como una ogiva, oscuras como un edificio acústico, llenas por dentro del heno seco y recogido que huele á selva, y rodeadas de las serenas vacas, cuyas esquilas dulcemente sonadas al buscar los pastos ó levantar las fuertes cervizas, os anuncian que vivís en el seno de égloga tranquila, si no estuvieran allí para recordarnos algo más levantado y sublime los paisajes en parte áridos por haberse desprendido recientemente de la nieve, en parte sembrados de bosques oscuros y de claras hierbas, punto intermedio entre las risueñas colinas del fondo de los valles, y los altos inaccesibles picos, donde toda vegetación y toda vida se acaban, ostentando en su eterna immaculada blancura las nieves molles, tan transparentes como el cristal de roca y tan sensibles á los cambios del día como la superficie de las aguas, y que parecen inmóviles é inalterables aunque por sus aristas de hielo ruedan en continuo tronar los gigantescos aludes, y en sus argentadas urnas hierven los atonadores torrentes.



Patio de los Leones en la Alhambra de Granada.

niere eterna, más dura que el mármol, y más clara que el cristal, en cuyas gigantesca facetas juega la luz con todos sus matices; lo admirable es que estas montañas no solo hayan servido para alimentar con las linfas nacidas de sus urnas de plata las escopías del centro de Europa, sino para suspender en la libertad una raza de campesinos, de cazadores, cuyos cánticos, sin tener la fiebre de la Marsellesa, cánticos sencillos en que resuena el eco de la caza y el balar y el mugir del ganado, son el heránnico verdadero de la libertad.

Comparados con los montañeses vascos, que han tenido la gloria de engendrar á ferrocino de Loyn en el pasado, y que tienen hoy la satisfacción de verter desde sus ríscos mares de sangre y carnes de ámbulas, guiados por el demonio de la intolerancia religiosa, para apagar la luz de la conciencia y el fuego de la vida en la infeliz España, su madre y nuestra madre.

Pero dejadme, en verdad, que admire á Dios en sus obras. Desde Interlaken á Zurich vais de maravilla en maravilla, sin fatigaros nunca. El lago

de Brienz tiene sus riberas tan pendientes, y sus montañas tan altas, que apenas pueden poner los pies en aquellos bordes algunas casitas y algunas aldehuelas. Imaginad el contraste que formará con el lago azul y riante el monte oscuro y ceñido, remoto de la vida humana atravesada casi á un mismo tiempo en su breve curso por el dolor y la alegría. De una altura incommensurable, abundante río se precipita en diez y seis ó diez y siete cascadas, á cual más impetuosa, y todas igualmente bellas. A la orilla del lago es el frazón, pero no veis el agua sino en la serpente gigantesca de su río y de vapor que forma entre la selva la quebrada carrera de la ferviente catarata. Luego os aproximáis y la desproporción inmensa de vuestra debilidad con la fuerza del torrente, de vuestra fugaz vida con aquel eterno curso, á cuyo lado aun como gotas de agua los años, involuntariamente os dan el escalofrío que produce el pensamiento superior ó la contemplación exterior de lo sublime. Por bordes oscuros, en los cuales crecen desde los árboles gigantes hasta la humilde parie-





